

Juana Ocampo

# la baldomera

una novela incorrecta



Muestra distribuida por la editorial

## **PÁRRAFOS PARA UN PROBABLE PRÓLOGO DE UNA NOVELA INCORRECTA**

—Me he pasado en vela estas últimas noches y gracias a eso, escribí unas líneas para el prólogo de nuestro libro. Venga, se las leo. Son muy adecuadas para esta novela incorrecta que nos ha salido.

—¿Por qué incorrecta? ¿Porque trata de una como yo?

—Usted siempre lista para ofenderse, Baldomera. Ya se lo he dicho: quería escribir una novela de amor y me terminó saliendo esta rareza no deseada.

—Como cuando se espera al nene pero termina asomando la nariz una chancleta.

—Exacto.

—Leamé nomás, patrona, que soy toda oído yo.

—“Tengo una mucama que me ha tildado de coleccionista de frustraciones. Y como si esto fuera poco...”

—¡Cha, que lo tiró de las patas! ¡La Coti me mandó al frente! ¡Para qué se la habré presentado! ¡Masaje va, masaje viene y en de mientras le chusmea de mí!

—¿Ya empieza a interrumpirme? Así no se puede seguir el hilo de una lectura.

—Disculpe madre, ante una guachada como esta, no hay hilo que ataje mi lengua enojada.

—Retomo: “Y como si esto fuera poco, también ha repartido por todos lados que soy un monumento vivo a la Maestra Siruela... Para hacer honor a ambos atributos, yo, Francisca Cerrucho, he elaborado este libro per-

fectamente incorrecto, un frustricidio que seguramente tendrá un fallido destino como otras cosas que he emprendido. Pero hete aquí que estoy frente a un insubsanable obstáculo: no sé cómo cerrarlo, si por delante o por detrás. Digamos, el final lo tengo, lo que no tengo es el principio, y por eso escribo esto, ensayando principios hasta dar en la tecla con el que terminará siendo el primero...”

—Hermoso, doña, con palabras difíciles y todo, como debe ser con las cosas importantes. El frusicidio ese hasta hoy nunca había entrado en mis oídos.

—Me alegro que le guste. Continúo: “Amasijarse en la incorrección tiene sus pesares: anoche no pegué un ojo. No obstante, la velada de insomnio tuvo sus frutos: me entretuve a oscuras deliberando sobre el primer capítulo de la novela y por fin se me hizo la seguridad. Fue solo un momento, un instante de gloria que duró lo que un suspiro, pues acto seguido, volvió a embestirme la duda y me carcomió íntegra sin dejar vestigio de tamaña lucidez”.

—No entiendo. ¿Entonces sabe o no sabe cuál es el primer capítulo de mi novela?

—¿Qué importancia tiene? ¿Para qué quiere que le cuente?

—Cualquier cosa en la vida empieza por el primer paso. Si no tiene las primeras letras, su novela mía es puro verso. Y a mí nadie me versea, póngale la firma.

—¡Es el colmo que me trate de versera! ¡Nada menos que usted! Me maté transcribiendo tal cual sus casetes, así como suenan, con esa fonética tan... suya... y me echa en cara que le miento...

—No sabe el principio y no me lo quiere decir.

—Por supuesto que sé cuál es el primer capítulo. Lo tengo impreso palabra por palabra en mi cabeza. Pero en la novela queda mejor sembrar la duda. Sigamos con la lectura: “Otro interrogante como urticaria que no me dejó en paz y que me sigue dando vueltas es el siguiente: me pregunto si *la baldomera* verá la luz alguna vez, dado que ilustra con excelencia una lengua

popular que la convención considera lengua muy mal hablada. Tal precisión no le quita lo incorrecto y esto me pesa: ¿quién querría jugarse publicando algo así? ¿existirá ese editor? Una cosa es un trabajo políticamente incorrecto de un escritor consagrado y otra, el de un don nadie como yo. Me di aliento pensando en Baldomera: me la imaginé diciéndome que siempre hay un roto para un descosido y que ‘le meta pata nomá’. Qué pierdo con darle crédito, me pregunté con los ojos mirando la negrura, y luego pasé a otra preocupación que unió mi presente a mi pasado...”

—¡Áhi saltó la liebre! Entonces lo de incorrecta es porque hablo feo yo. ¡Qué nene ni qué chancleta! Ni que tuviera que pedir disculpas por escribir sobre mí.

—No se atolondre con emociones que le impidan entender lo que escucha. No he dicho eso.

—¿Y qué tengo que entenderle?

—¿Acaso cree que habría reproducido su forma de hablar si no me gustara?

—Vamos, no me gaste, que hablaré mal pero no soy bolú... bolúmetra... yo.

—No la gasto, Baldomera, y no me mire con esa cara de ofendida. Gracias a usted, aprendí a deleitarme con la hermosura de las incorrecciones lingüísticas. La mayoría no puede apreciarla por estar atada a la belleza de las formas consideradas correctas.

—Si usted lo dice... pero vea, estas cosas del prólogo serán bonitas y correctas pero a mí no me interesan, así que no me siga leyendo. Usted metaló donde le parezca al prólogo ese, que al principio, al medio o al final, igual yo no lo voy a leer.